

En el atardecer del siglo XX

Las ideas económicas

EL SIGLO QUE TERMINA ARRASTRA DEL ANTERIOR, ADEMÁS DEL MARXISMO, OTROS DESAFÍOS A LA ORTODOXIA ECONÓMICA, COMO EL SAINT-SIMONISMO, EL APOORTE DE KEYNES Y, EN LATINOAMÉRICA, EL DE RAÚL PREBISCH.

Por Ramón Díaz

El acervo de ideas sobre la economía que los finiseculares estamos embalandando y acondicionando con vistas a su exportación a la próxima centuria, ¿en qué consiste? Aquí, como acontece con el marxismo importado del siglo XIX y desacreditado a enorme costo de vidas y sufrimiento en el XX, el papel negador, depurador de errores, más afirmador o creador de aciertos, del siglo que termina, vuelve a destacarse.

En este terreno la caída del Muro es sólo parte de la historia.

Marx nunca dijo que una economía centralmente planificada fuese mejor que una economía de mercado. Sólo dijo que la economía de mercado era inestable, y que a través de sus contradicciones internas desembocaría por necesidad en una economía planificada, la que se beneficiaría con el enorme poder creativo de su predecesora, a la vez que sería estable, ya liberada de las contradicciones internas que habrían precipitado al capitalismo a su colapso. Esta teoría ya no tiene vida en sí misma, por más que haya aún autómatas intelectuales que sigan autodefiniéndose como marxistas, simplemente porque no saben qué otra cosa podrían ser, y sólo fueron programados para serlo; porque ya no queda nada, o casi nada, de la gran área del mundo que se puso bajo la advocación de Marx

ver con tesis sobre la inestabilidad de la economía de mercado, aunque con clases de inestabilidad totalmente diferentes de la concebida por Marx. Pienso que vale la pena detenerse a considerar dos de esos desafíos.

El primero es el de Keynes, que sostuvo, no como Marx, que las economías de mercado, capitalistas, eran inherentemente inestables, sino que sus sectores privados lo eran. La planificación central no servía. La cuestión era sólo que el capitalismo, tal como había salido espontáneamente de la matriz histórica, sin inteligencia alguna que lo moldeara, sólo como habían querido los cromosomas sociales que actúan en las entrañas de la tierra, como nibelungos, oscura e irracionalmente, ese sistema, así concebido y parido, se hallaba comprensiblemente afectado de ciertas malformaciones. Pero el sector público po-

día proporcionarle las prótesis necesarias para que pudiera moverse y funcionar con relativa eficacia.

A la ortodoxia keynesiana nadie podría dejarla de lado en una revisión de las ideas del siglo XX, porque ocupa en ellas un lugar central. No sólo por la descolante estatura intelectual que inherentemente poseyó, como economista, sino también porque fue eminentemente un hombre de su tiempo. Un intérprete notablemente sensible a lo que los de su profesión estaban a tientas buscando y los legos también querían encontrar. Y en tal carácter vino a darles a unos y otros una satisfacción frente al escándalo que en la modernidad cartesiana la tesis de la mano invisible de Adam Smith llevaba siglo y medio suscitando. Descartes había dicho, y el mundo moderno le había creído, que las cosas se hacen ópti-

mamente cuando las piensa una sola persona, en la intimidad de su gabinete de trabajo. Adam Smith se había dejado seducir por el optimismo alentado por el extraordinario progreso que las ciencias naturales habían alcanzado, y había querido encontrar en la realidad social también, como en la naturaleza, un plano de coherencia frente al cual el papel de la razón era comprender, no diseñar. Ante ese enfrentamiento dialéctico entre el racionalismo cartesiano y el optimismo científico natural, Keynes aportó la síntesis, en la cual la razón cartesiana llegaba en ayuda de aquel orden pseudo natural y lo volvía viable, cosa que por sí mismo no era.

Si de Keynes no podríamos dejar de ocuparnos en esta mirada crepuscular, como ciudadanos del mundo que somos, al desafío proveniente de Raúl Prebisch a la

ortodoxia decimonónica, como latinoamericanos que también somos, tampoco podemos pasarlo por alto. Prebisch también divisaba en el mundo capitalista una inestabilidad sustancial, en su caso de la creciente desigualdad, no de dos clases sociales, como en Marx, sino de dos clases de países, los pobres y los ricos; o, en la propia terminología prebischiana, países de centro y de la periferia.

La ortodoxia clásica había pensado sobre esta dicotomía preferentemente en términos de países maduros, ricos en capital y densamente poblados, que estaban intensificando la presión sobre la base natural de sus estructuras productivas, y por la otra parte países jóvenes, ricos en recursos naturales vírgenes o sólo tenuemente explotados aún, de modo tal que sus exportaciones a los países maduros serían mutuamente provechosas. En la expresión de Dermis Robertson, el comercio era —para todos los países, pero más obviamente aún para los menos desarrollados— “una máquina de hacer crecer”. La especialización de cada país según la ventaja comparativa que Dios le había dado era el obrar de la mano invisible en el campo internacional. Frente a esta supuesta armonía de intereses Prebisch dirigió sus baterías intelectuales, señalando que el comercio internacional estaba sesgado, a través de los precios relativos de bienes industriales y materias primas, contra los países de la periferia. Esta otra inestabilidad del sistema espontáneo de mercados reclamaba otra intervención del sector público salvador.



A LA ORTODOXIA

KEYNESIANA NADIE

PODRÍA DEJARLA DE

LADO EN UNA REVISIÓN

DE LAS IDEAS DEL SIGLO

—en medios bien distintos de los que él previó, dicho sea de paso— y la incapacidad de las economías centralmente planeadas para darle un nivel de vida decoroso a las poblaciones a ella sujetas, así como para mostrarse compatibles con un sistema jurídico político liberal, es una de las verdades históricas mejor establecidas de todos los tiempos.

Pero nuestro siglo encierra otros desafíos a la ortodoxia económica importada del siglo XIX —importada junto con el marxismo, aunque al comenzar la vigésima centuria pocos tuvieran conciencia de que éste sí estaba en un rincón oscuro de la bodega, y con el saintsimonismo, el cual nunca salió de su anonimato, pese a haber sido lo que estrictamente se aplicó en Rusia y en otros lugares— otros desafíos que tienen que